

útil apuntar únicamente las ideas de *revisión* que el Dr. Silva esparce por su obra, cuya sólida documentación, unida á la seriedad científica del autor, abonan el excepcional interés con que *El libertador Bolívar y el Deán Funes* debe ser leído por españoles é hispanoamericanos.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

III

RICARDO DE ORUETA.—«LA ESCULTURA FUNERARIA EN ESPAÑA»

Constituye esta obra un principio de realización de un plan vasto de colaboración y estudio artístico de la escultura sepulcral española de la Edad Media y la Moderna, excluyendo la Edad Antigua (aun los sepulcros paleocristianos) y la Edad Contemporánea (si se consiente la frase), puesto que también se excluyen los sepulcros de los cementerios, creados, en general, á los comienzos del siglo XIX; tampoco se incluyen los monumentos sepulcrales meramente decorativos en su labor, y acaso, aun examinándose totalmente las piezas, en lo principal y en lo accesorio, pudiera apellidarse mejor el libro, en vez de *La escultura, La estatuaria funeraria en España*.

El primer empeño á que corresponde este tomo, editado en 1919 por el Centro de Estudios Históricos, alcanza á la catalogación y estudio de los monumentos todos de las provincias de Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara, quedando en preparación ya avanzada el tomo II de las provincias de Toledo y Madrid, que integrará el estudio de la estatuaria sepulcral de Castilla la Nueva. Pero, seguramente, el autor seguirá su camino, ampliando sucesivamente el estudio á Castilla la Vieja y á las demás regiones de la península.

Tenía el autor, para tan amplio propósito, una cumplida preparación, excepcionalmente especializada en el estudio histórico

de la escultura española, á que consagró y consagra toda su vida. Su primer empeño fué la monografía dedicada á Pedro Mena y Medrano, el más castizo de los grandes imagineros españoles del siglo xvii, y muy pronto dió á luz la segunda monografía, consagrada al más español de los escultores del Renacimiento, aquel Alonso Berruguete, que primero amaestrado en Italia, como escultor y como pintor, luego fué en las Castillas y Andalucía quien supo dar una nota extremadamente personal y más hondamente castiza. La tercera de las monografías (no publicada todavía) parece que va á consagrarla el autor á Gregorio Fernández, el maestro de la escuela valisoletana seiscentista.

El estudio de *La escultura funeraria*, primer tomo de una serie que es de desear que sea numerosa, supone en lo artístico se conozca como la conoce, y cada día más el autor, la historia de la escultura española, así en sus grandes maestros como en los artífices de menos acentuada personalidad, desentrañando con ocasión de los monumentos todo lo que hay de nuestro y lo que hay de imitación de otros estilos en la labor secular de los artistas españoles del cincel y de la gubia. En ese sentido, el libro ya tendría singular interés para nuestra Real Academia de la Historia, pues es la de las Artes hispanas algo excepcionalmente interesante en la Historia de la patria. Pero la naturaleza del tema fuerza á reconocerle un segundo particular atractivo, para cuantos aman el pasado de España y se dedican al cultivo de su Historia, pues el examen de los sepulcros y, sobre todo, el hallazgo de los olvidados y la publicación gráfica de los arrinconados y semiolvidados, nos viene á renovar, admirable y sencillamente, la historia biográfica, eclesiástica y civil, proporcionando un reconocimiento algo más personal de los magnates, de los guerreros, de las damas, de los prelados y de los hombres doctos de otras edades: que es estudio singularmente curioso en nuestra península, en la cual una extraña crisis del sentido de la piedad retrospectiva, que otras naciones padecieron también, fué causa, en fluctuosos momentos, de impiedades históricas, como lo ocurrido ante los sepulcros de los Monarcas de Aragón en 1835, ó en largos períodos de un criminal abandono, causa de que se desconoz-

ca el lugar concreto del paradero de los restos de un Cervantes, de un Lope de Vega ó de un Velázquez.

Estudia el autor los monumentos sepulcrales de las provincias citadas, ordenándolos cronológicamente por centenas, ofreciendo seis de los siglos XIII y XIV; 21, del siglo XV; 31, del XVI, y seis, del XVII, pues sabido es que desde el comienzo del siglo XVII decayó la afición á la escultura en las tumbas, por el cambio, bien discutible, que se impuso por moda cuando por Felipe III y Felipe IV, olvidándose de que todo El Escorial era «Panteón» y que en su presbiterio estaba el lugar preparado para sus regias estatuas orantes, se vino á crear, dentro de las criptas, un «panteón» muy lujoso, pero sin esculturas.

De los 64 monumentos, varios corresponden á las ciudades episcopales ó cabezas de provincia, más ó menos frecuentemente visitados; pero el autor aporta á la cultura histórica y artística de España, con sus biografías y con sus estudios clarividentes, obras existentes en pueblos hoy insignificantes, á veces nunca visitados por los doctos, y algunas reclusas en ignoradísima clausura monacal.

Este último es el caso del primer sepulcro escultórico del libro, el más antiguo de los examinados. Tuvo el hijo primogénito de San Fernando amor con una dama, D.^a Mayor Guillén, y eran tan jóvenes, que cuando Alfonso X el Sabio tenía solamente treinta y dos años, la hija de aquellos amores se desposaba con Alfonso III de Portugal. Dicha D.^a Mayor, acaso voluntariamente apartada para no ser obstáculo a la realeza del amado, reclusa en convento de monjas de su fundación, falleció en el pueblecito de Alcocer, de la provincia de Guadalajara, donde alguien tuvo la piedad de encargarle una bella estatua sepulcral, en aquel primer período de la estatuaria funeral española: que es la pieza, excepcionalmente sugestiva, que aparece, en conjunto, y cual muchas otras, en detalles, reproducida en el primer capítulo del libro.

El que suscribe, al cumplimentar el encargo de la Academia, de redactar una nota del libro, no puede decir cuantas alabanzas merece la idea y la realización del libro del Sr. Orueta, con quien

le unen relaciones de trabajo tan antiguas y tan evidentes, á la vez tan cariñosas, que todo elogio, por merecido que sea, podría ser tachado de parcialidad amistosa.

ELÍAS TORMO.

IV

NUEVOS POBLADOS NEOLÍTICOS DE SENA (HUESCA) (1)

En el cuadro septentrional de las estaciones prehistóricas de la Península Ibérica había un hueco. Se conocían las de Galicia, Asturias, Santander, Vasconia, Navarra, Lérida y Gerona; pero quedaba la provincia de Huesca con escasa representación. Tan sólo las de Albero Alto y Junzano, dadas á conocer sumariamente por mí en el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (2), hasta ahora sin explorar, correspondientes, seguramente, á un neolítico final, lindantes con el eneolítico, en su origen, y que pasan al período llamado ibérico y aun perduran en la Edad Media por las condiciones de habitabilidad de los parajes.

Pero nada hasta ahora había aparecido de sílex, cerámica, huesos, etc., que denotara la primera industria del hombre en la provincia oscense (3). Y no quiere decir que no haya estaciones ó poblados, y acaso cavernas con restos del mobiliario prehistórico; antes bien, la proximidad á Francia y el recibir el flujo y reflujo de estas primitivas civilizaciones del Norte y de Africa, ésta en su paso por la Península de Sur á Norte, y el influjo de la cultura del Este y Central, inducen á creer en la existencia de inexplorados yacimientos.

(1) En el *Diario de Huesca*, número del día 26 de Mayo del año actual, di una sucinta noticia de estos poblados. En virtud de nuevos hallazgos puntualizo y amplío aquí los extremos de aquel artículo periodístico.

(2) Cuadernos de Julio-Agosto de 1913 y Marzo de 1914.

(3) Según D. Juan Serra Vilaró, en su Memoria *Excavaciones en la Cueva del Segre* (Madrid, 1918), pág. 16, D. Luis Mariano Vidal posee una vasija á modo de olla, con una cuerda en el cuello, procedente de la Cueva del Moro, sobre el río Esera, cerca de Olvena (partido judicial de Benabarre), en esta provincia, en la que encontró dicho señor otra cerámica y objetos del neolítico y eneolítico.